

## **Sobre mi experiencia con el Plan de Estudio de la carrera**

En febrero de 1995 decidí estudiar Ciencias de la Educación. No vivía lejos de la facultad de Filo de la UBA, pero la inscripción al CBC había cerrado en diciembre. Conocía a la Universidad de Lujan y opté por llamar para consultar por los exámenes de ingreso. Ahí se produjo la primera bienvenida que dejó huella en mí: no había exámenes, sólo tenía que ir a inscribirme y podía hacerlo en el transcurso de ese mes. Mi sede fue San Miguel. Allí transcurrió la mayor parte de mi proyecto de estudio que, por cierto, ocupó un tiempo de mi vida mucho más largo que el previsto en este Plan. Y estuvo muy bien que así fuera porque, al igual que aquella inscripción, el resto también se fue armando a medida.

Si de mi experiencia se trata, quisiera referirme a muchas otras huellas que aquella cursada dejó en mí. Enumero tres que se impusieron en mi memoria con mayor fuerza:

1-La charla de inicio para ingresantes, como un gesto de respeto y amorosidad hacia "los nuevos". Estuvo a cargo de la coordinadora de la carrera. Aquello fue un recibimiento cargado de orientaciones, buenas herramientas y disponibilidad para situarnos en la carrera dentro de esta Universidad. No hubiera sido lo mismo si la institución no oficiaba de anfitriona. En muchos sentidos, creo que fue fundante de lo que vino después.

2-Un ejercicio permanente de mirada sobre el mundo. Pensar detenidamente acerca de las relaciones que hacen que ciertos hechos sociales se nos presenten como naturales, casi como inevitables. En la carrera encontré en dónde apoyarme teóricamente para fundamentar algunas ideas que yo ya traía sobre nuestra sociedad, conocí muchas otras que confrontaron y modificaron lo que yo pensaba, pero sobre todo, me fui pensando en una idea potente, la de inventar otros mundos posibles en donde las personas puedan elegir cómo quieren vivir.

3-La comprensión de lo educativo en su sentido más amplio, con un abanico de experiencias que contemplaron acercamientos a instituciones escolares, espacios de formación en el ámbito de la salud, en organizaciones comunitarias, hasta la posibilidad de hacer trabajo de campo en el Movimiento Sin Tierra de Brasil<sup>1</sup>.

La educación como acto político, siempre ahí metida en la vida de las comunidades; siempre interpeándome acerca de sus sentidos, en cada lugar y momento histórico.

Es tal vez por esto, por haber transitado por esta carrera, por haber sido ésta la Universidad, por el trabajo de muchos profesores –de los que están y de los que ya no-, por los tiempos compartidos en las asignaturas con montones y variados estudiantes, por los amigos que hice y me acompañan hasta hoy, decía que quizás es por lo que todo esto marcó en mí, que no puedo dejar de pensar en qué podemos hacer los trabajadores de la educación por esta América Latina que sigue sangrando.

Griselda Cabado

---

<sup>1</sup> Aquí me aparece un salto en el relato, algo de lo que no tuve en relación al listado de materias, a lo curricular. Creo habría sido importante la presencia de temas sobre educación inicial y, aunque suene raro, también acerca del arte y lo lúdico. Tal vez como una suerte de vigilancia epistemológica sobre la relación de la pedagogía con estos campos.

## **No sería la que soy**

*Es caprichoso el azar-* canta el Nano. Y me parece que sí, que a veces es. No tenía aún los dieciocho cumplidos y, entre ser guardaparques, escenógrafa, traductora de inglés o licenciada en Ciencias de la Educación (esas ideas tenía en la cabeza), me decanté por esto último. A lo mejor, me decidió el hecho de que se cursara en San Miguel y eso para mí era lo cercano, lo seguro, lo familiar. Sin embargo, nada más entrar en la facultad todo lo conocido se hizo desconocido. Porque las certezas se volvían preguntas. Tanto por la gente, toda distinta, con sus historias a cuestas y por las clases, los profes, con textos, ideas y pensamientos a los que jamás me había asomado. No entendía nada. O al menos creía que no entendía nada. Recuerdo la cara de Maco Tamarit cuando en medio de la clase pregunté: entonces es ¿revolución o reforma? ¡Claro!- dijo el profe. Momento que atesoro y que vuelve a repetirse, cada tanto, cuando un estudiante te hace una pregunta en la que reconocés todo un proceso de pensamiento, de aprendizaje. De él también recuerdo que para enseñarnos lo que era el materialismo y cómo nuestras condiciones materiales generaban nuestra conciencia, nos preguntó qué idea tendríamos de la luna si, en nuestro idioma, la luna fuera un sustantivo masculino.

De a pedacitos, recortes, palabras y gestos nunca olvidados estuvieron hechos esos años de facultad. Puedo asegurar que no sería la que soy si no hubiera pasado por la Unlu. (me gusta decirlo así: Unlu). Las fichas me fueron cayendo bastante después, en el hacer, en el ruedo. Lo estudiado se volvía palpable, pero llevaba tiempo entender todo eso que querían transmitirnos. Y es un lugar, no físico, sino interno al que vuelvo tantas veces. Una fuente donde ir a beber. Firme, como esas fuentes de piedra que trascienden los años y las generaciones. A veces te preguntan: “si volvieras a elegir una carrera, ¿qué elegirías? Y no dudo en decir que la misma. Disfruté el camino y las puertas que me abrió. Esa posibilidad de pensar con otros, de luchar por un mundo más justo, de construir humanidad en el mientras tanto. Me quedo con eso. Agradecida. A los maestros, a los compañeros y al azar, tal vez no tan caprichoso.

Florencia Pérez Declercq

**A pesar de la distancia**, no quería estar ausente de este momento conmemorativo de los 35 años del actual Plan de Estudios de la Carrera de Ciencias de la Educación de la UNLu. Como egresada de la misma les comparto un pequeño testimonio:

El próximo año completo 25 años en Brasil. Vine, inicialmente, a hacer una maestría en Educación y, después, hice mi doctorado en Historia Social en la Universidad Federal Fluminense de Río de Janeiro. Desde el fin del doctorado, en 2002, desarrollé diversos trabajos como profesora e investigadora en este país, con vínculos laborales diversos y, en general, precarizados. Hace 10 años se abrió la posibilidad de hacer un concurso público para un cargo de investigadora en una institución pública en la que ya trabajaba (y en la que continúo trabajando hasta hoy) pero, para eso, en mi condición de extranjera, precisaba revalidar mi título de graduación. Ese tipo de trámites es, en general, prolongado y engorroso: precisaba preparar un dossier que contuviera, además del título y del certificado analítico, todos los programas de las materias cursadas y aprobadas, debidamente legalizados. ¡La carpeta sobrepasaba holgadamente las 300 páginas! Ante tamaña presentación, los funcionarios de la Universidad Federal de Río de Janeiro (institución de reválida) solicitaron que realizara una traducción sintética al portugués de cada programa para facilitar la tramitación y entonces, dieciocho años después de haber concluido la Licenciatura en Ciencias de la Educación, me vi obligada a revisitar toda mi formación de grado a través de ese peculiar ejercicio. No fue una tarea simple, ni rápida, pero debo reconocer que en medio de mis aprehensiones, fue una tarea reflexiva y placentera. Me permitió reconocer la lógica de construcción del plan de estudios y comprender sus presupuestos y principios estructurantes; actualizar la memoria afectiva y el legado de los profesores que contribuyeron decisivamente con mi formación; redescubrir el sentido de debates y discusiones que animaron mi paso por la UNLu primero como estudiante y después como auxiliar de docencia y, sobre todo, valorizar una formación que, por anclarse en los fundamentos de las diversas ciencias sociales, me permitió desarrollar una comprensión de los fenómenos educativos que no se agota en sí misma, que está siempre atenta a los sujetos que la producen como parte de la producción de vida, en condiciones que no eligen, pero sin abandonar la dimensión utópica y creativa que les (nos) permiten construir otros mundos posibles. A lo largo de los últimos 35 años el mundo en que vivimos ha sufrido redefiniciones profundas, aunque muchos de los procesos que se perfilaban en la década de los ochenta se hayan, infelizmente, consolidado. En ese tiempo, libramos muchas batallas: conseguimos pequeñas victorias y sufrimos también dolorosas derrotas. En el campo de la educación, considero que la existencia y persistencia de una propuesta formativa como la de la UNLu debe ser contabilizada entre las primeras, por el compromiso intransigente de sostener la defensa de la educación pública como base para la construcción de formas de vivir en una sociedad modelada por y para los deseos y necesidades de quienes, con nuestro trabajo, producimos el mundo todos los días.

Espero que los intercambios y debates de esta jornada sirvan para reafirmar el horizonte de sentido de esta formación a lo largo de estos años!

Un afectuoso saludo para todes!

Marcela Pronko

Egresada de la licenciatura en Ciencias de la Educación de la UNLu

**La mejor anécdota** que puedo contar la viví con el profesor Bulacio. Tuvo un gesto que reflejó su compromiso con la docencia, su don de Buena Gente y lo que la Universidad de Luján le ofrece a sus estudiantes: ser personas con su propia historia.

En el año 2002 yo cursaba un Taller en el primer cuatrimestre con Roberto Bulacio. 2002 fue un año sumamente complejo...y en lo personal para mí también. En ese primer cuatrimestre perdí un embarazo y dejé de cursar. Volví a inscribirme en otro Taller en el segundo cuatrimestre también con Roberto: me gustaban sus clases, el entusiasmo, la pasión. Quedé embarazada nuevamente y tuve que hacer reposo ante el riesgo de otra pérdida. La esposa de Roberto también estaba embarazada y a veces comentábamos eso en el Taller. Cuando no pude asistir al Taller, Roberto se ofreció y vino a darnos clases a mi casa en Paso del Rey para que yo no perdiera otra vez la cursada. Un gesto de profundo compromiso con su alumna. Nunca lo olvidé y siempre lo cuento con orgullo, por haber tenido un profesor que me dejó huella de respeto y entrega a la docencia. Mi recuerdo más amoroso hacia él y a su familia.

Mi formación en la carrera incluyó muchos gestos de buenas personas además de excelentes profesores. Quiero recordar también a María Rosa Misuraca, mi profesora tutora de monografía. Se convirtió en una referente para mí.

Soy la docente que soy gracias a lo académico pero más aún por lo humano.

*Lic. María Fernanda Balciunas*